

¿Metamorfosis lectora?



¡Por qué no!

A Jesús Plaza los clubes de lectura de la biblioteca no le han hecho lector, pero sí le han incitado a vivir una migración lectora (metamorfosis la llama él) que le ha permitido conseguir, con la formación y acompañamiento oportunos, ser lector en papel, lector digital y social, en un estado de tránsito permanente donde lo importante es la obra y su disfrute, más allá del formato en que sea leída...

“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho” (“El Quijote”, II parte, C.XXV)

Era cómodo ajustarse al modelo de lector solitario, ecléctico y en papel. Un lector que leía en casa y que, pese a disponer de acceso a internet, no empleaba los instrumentos informáticos para la lectura “lúdica”.

La insistencia de un amigo, hizo viable la creación de un taller de lectura presencial en un horario que permitía la asistencia a personas como yo, después de la jornada laboral. Embarcado en esa aventura, comenzó para mí una nueva manera de leer: una lectura coordinada, pautaada y compartida, aún en papel. Esta nueva experiencia me convertía en un lector más “social” y añadía algunas exigencias ajenas al lector solitario: un cierto nivel de obligación, de responsabilidad y un elemento añadido de escucha de experiencias ajenas que, con el paso de los años, enriquece la propia experiencia en la valoración de las historias leídas y, como no, obliga a “desnudarse” y revelar parte de la propia personalidad, en un proceso en que la lectura es también un instrumento para la relación social. Cuando uno manifiesta sus opiniones en un grupo, aunque sea sólo en relación con una historia que se lee en común, inevitablemente “se retrata”, según la idea ampliamente extendida de que el que lee hace suya la historia leída y que hay tantas lecturas como lectores. Es obvio que leíamos cosas que yo ni siquiera hoy hubiese elegido, pero incluso lo menos “gustoso” puede tener su encanto cuando se conoce y contrasta la opinión de otros.

A partir de ahí y tomando como base estos talleres presenciales, pasé a formar parte de un agradecido grupo de conejillos de indias, voluntariosamente implicados en las iniciativas de investigación y estudio promovidas desde la Fundación German Sánchez Ruipérez en su Centro de Desarrollo Sociocultural (CDS) de Peñaranda de Bracamonte en lo relacionado con el fomento y promoción de la lectura y muy particularmente en las “nuevas maneras” de leer.

En este sentido, por ejemplo, fue enriquecedora la lectura de El Quijote en el taller, dinamizada con varias actividades paralelas entre las que destacaba,

por primera vez, un foro cerrado en internet donde, además del intercambio de opiniones sobre la obra, se jugaba con la lectura; aparecían, por ejemplo, traviesos duendes proponiendo juegos y adivinanzas e incordiando a los participantes como sólo saben hacer los duendes. Habíamos traspasado los límites del papel y entrábamos, poco a poco, en lo digital. Este tipo de divertida experiencia se repitió en otras ocasiones.

Con un cierto nivel de resistencia romántica por mi parte, de la que algunos fueron testigos, víctimas incruentas primero y, finalmente, irremediables vencedores, pasamos a la fase de lectura en e-reader, dentro del “Proyecto Territorio Ebook”. Poquito a poco el libro electrónico acabó por sustituir al papel en los talleres. Los recursos tecnológicos al servicio de la lectura compartida, enriquecían el taller, al poder complementar lo leído con imágenes, reseñas, opiniones, música, entrevistas a los autores... Leer dejaba de ser un ejercicio personal para convertirse en una actividad común mucho más exigente, al menos en mi caso: leer para compartir, mirar para leer, escuchar para leer, leer más allá de lo leído, buscar... , ensanchar la mirada con la mirada de otros. Un libro dejaba de ser una historia limitada a un número de páginas y me llevaba a lecturas paralelas (propias y ajenas), a escribir sobre lo leído, a imaginar músicas e imágenes...

Con un cierto nivel de resistencia romántica por mi parte, de la que algunos fueron testigos, víctimas incruentas primero y, finalmente, irremediables vencedores, pasamos a la fase de lectura en e-reader, dentro del “proyecto e-book”.



Olga Sánchez. Archivo del Centro de Desarrollo Sociocultural. FGSR. Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)



Foto: Joaquín Hernández. Archivo del Centro de Desarrollo Sociocultural. FGSR. Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)

En mi caso, probablemente para desesperación de la coordinadora del taller (a quien pido disculpas), aquello era un no parar; cada vez más, aquel lector solitario se convertía en un lector de taller ejerciente, hasta la impertinencia en ocasiones.

¿Querías arroz?... ¡Toma dos tazas!... Dicen que “en comunidad, no muestres tu habilidad”. Pues bien: para que me quedase agustito, el CDS me propuso colaborar en la coordinación de uno de los talleres, al que se daría el misterioso título de “taller de lectura profundizada” y yo, inconsciente de mí, dije que sí. Y aquí el cuento cambia.

Participar en un taller, por muy activo que seas, es cómodo. Nada te obliga y lo haces en la medida que quieres. Pero cuando tienes que estar detrás de la coordinación, las cosas son diferentes. Es cierto que si eres colaborador, tienes el soporte de alguien ex-

La experiencia lectora propia, ya no puede ceñirse sólo a la obra que, por supuesto, debes conocer antes de planificar las sesiones (se pierde así en parte el “elemento sorpresa”).

perimentado que saca las castañas del fuego, pero comprendes que coordinar no es sólo estar presente en las sesiones del taller para moderar las intervenciones y poner un poco de orden (que tampoco es fácil). Hay que preparar las sesiones, tener ordenados los objetivos de cada día, elegir y proponer actividades paralelas, sugerir otras que puedan desarrollar los lectores fuera del taller, para cada sesión y las siguientes. A eso se añade, siendo un taller de “lectura profundizada”, implicar a los lectores en el aprendizaje, aunque sea somero, del análisis ordenado de un texto: confeccionar resúmenes, identificar elementos básicos (tiempo, lugar, personajes, tipo de narración y de narradores, distinción de algunos recursos literarios básicos...). Y además, que todo eso resulte ameno y ágil, casi inconsciente a veces; un complemento a la lectura que la enriquezca y no una clase de literatura o de lengua que exceda el objetivo fundamental de leer y disfrutar en común.

Colaboré un año en la coordinación y fue llevadero pero... ya dije, ¡dos tazas!... El último año me quedé solo ante el peligro. Al menos me liberaron de la tarea de elegir los libros y marcar las pautas de lectura para cada sesión (otro “caramelito” para quien se ocupa de la coordinación general). Si ya es difícil colaborar en la coordinación, lo es más ocuparse en solitario (aunque siempre tienes detrás la ayuda de los que saben). La experiencia lectora propia, ya no puede ceñirse sólo a la obra que, por supuesto, debes conocer antes de planificar las sesiones (se pierde así en parte el “elemento sorpresa”). Hay mucho que hacer, como ya he contado, y ahora me tocaba hacerlo casi sólo.

Aunque exigente, la encomienda ha resultado muy enriquecedora. Me han enseñado y me he sentido obligado a aprender o repasar muchas cosas, pero sobre todo he aprendido a intentar canalizar mi manera de intervenir, para dar importancia a la intervención de los otros lectores, para escuchar más y no excederme, templar mis ansias y dejar que hablen otros. He tenido que aprender a evaluar de la manera más rigurosa posible los resultados del taller y, por supuesto, a proponer y asumir la evaluación que, sobre mi labor, hacen los lectores.

Que tendré libros para leer, para no leer e incluso para calzar muebles, es hoy por hoy una certeza. Pero eso ¡quién me lo iba a decir! ahora ya no es suficiente.

La lectura compartida, la coordinación, implica un esfuerzo por abandonar ideas preconcebidas y prejuicios y proporciona a cambio un sinnúmero de sorpresas, satisfacciones y nuevas ideas que vienen de los demás.

Pero ¿Y la satisfacción de leer por leer? ¿Y el gustito de disfrutar de las historias leídas? Parecería que con tanta actividad uno renuncia a ese placer, a la libertad de escoger y rechazar.

Algo de eso hay, pero es lo de menos si uno piensa que se trata de otra manera de disfrutar de la experiencia lectora, que proporciona nuevas satisfacciones y que es complementaria a la lectura en solitario.

No puedo dejar de mencionar otras actividades, vinculadas al hecho de leer y en las que he tenido la fortuna de participar para obtener un bagaje añadido de experiencias que me han enriquecido intelectual y personalmente: Lecturas en voz alta¹, encuentros con autor, viajes a los lugares de las lecturas, bibliotecas humanas; la participación, como sujeto de estudio, en sesudas experiencias

y evaluaciones sobre hábitos lectores o, como lector, en debates y ponencias sobre las nuevas realidades y problemas en todos los ámbitos relacionados con la lectura (nuevos planteamientos sobre el papel de las bibliotecas en la era digital, encuentros con editores, lectura en streaming...).

Sigo disfrutando del aroma de las historias del libro en papel, pero la *Tablet* y el *e-reader* son ya inevitables compañeros de los volúmenes de mis estanterías.

Sigo siendo básicamente un lector en solitario, pero a día de hoy no puedo prescindir de la lectura compartida y del enriquecimiento personal que me ha proporcionado participar en estas experiencias de lo que yo llamaría “panlectura” o lectura “extramuros”: leer para leer, leer para afuera, leer con y para otros y que otros lean contigo y para ti.

En un encuentro con editores y bibliotecarios, al que fui invitado a participar en calidad de lector (es de agradecer la pertinaz y acaso insensata confianza que el CDS ha tenido siempre en mí a la hora de pedir mi colaboración), hice una cuenta básica que daba como resultado un remanente de libros, propios y “próximos”, suficiente como para satisfacer mi necesidad lectora hasta después de muerto, más allá de los avatares de la industria del libro.

Que tendré libros para leer, para no leer e incluso para calzar muebles, es hoy por hoy una certeza. Pero eso ¡quién me lo iba a decir! ahora ya no es suficiente. Después de la luminosa experiencia relatada, no concibo ser ajeno a todo ese proceso de lectura abierta. Aquí en la tierra como en la nube si es preciso, pero sobre todo en contacto directo con otros, sintiendo su aliento, viendo sus caras de entusiasmo o decepción, escuchándoles de viva voz, compartiendo y progresando; leyendo con los cinco sentidos (o con los seis). La riqueza personal y colectiva va más allá de lo tangible, de los proyectos faraónicos o los grandes fuegos de artificio. Lo intangible, incluso mínimo, también enriquece y por supuesto es perceptible por los sentidos. Y yo, más ahora que he relatado mi experiencia por escrito, me siento más rico, más sabio (o menos ignorante, para no pecar de soberbia) por lo que he aprendido y sobre todo por lo que otros me han enseñado. Ojalá que las sombras no apaguen las luces. ▴

(1) Confesiones de un lector comodón. Lectura en voz alta: Los lugares de lectura. En: <https://youtu.be/07D76X59sMI>

AUTOR: Plaza, Jesús.

FOTOGRAFÍAS: Archivo del Centro de Desarrollo Sociocultural. FGSR. Peñaranda de Bracamonte (Salamanca). Jesús Plaza, Joaquín Hernández, Olga Sánchez.

TÍTULO: ¿Metamorfosis lectora? ¿Por qué no!

RESUMEN: Jesús Plaza, usuario de la Biblioteca Municipal (CDS de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en Peñaranda de Bracamonte), nos cuenta cuál ha sido su experiencia como lector y miembro del club de lectura de la biblioteca. Desde el corazón, nos desgrana qué sintió y qué siente al compartir lecturas, al coordinar lecturas y, sobre todo, al disfrutar leyendo.

MATERIAS: Bibliotecas Públicas / Bibliotecas Municipales / Lectura / Usuarios de Bibliotecas / Castilla y León.